

El guerrero de Gor

John Norman

Traducción:
Rafael Lorente



Título original: *Tarnsman of Gor y Outlaw of Gor*
Primera edición

Ante la imposibilidad de contactar con el propietario de la traducción, la editorial pone a su disposición todos los derechos que le son legítimos e inalienables.

© John Norman, 1967, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-501-1 Depósito Legal: B- 27868-2009

Impreso por Liberdúplex S. L. U.
(Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

El guerrero de Gor

Un puñado de tierra

Me llamo Tarl Cabot. Mi apellido, según dicen, deriva del nombre italiano Caboto, pero yo no sé de ninguna vinculación al respecto, tanto más que mis antepasados, unos modestos comerciantes de Bristol, se caracterizaron por tener un color de piel claro y el pelo llamativamente rojo y rebelde. También mi nombre de pila es poco común y, especialmente en mi época estudiantil, me ocasionó más de un disgusto. Este nombre me lo dio mi padre, que desapareció de mi vida cuando yo era aún muy joven. Lo consideraba muerto hasta que, casi veinte años después de su desaparición, recibí de él un extraño mensaje. Mi madre falleció aproximadamente en la época en que comencé a ir a la escuela. Los detalles biográficos suelen ser una lectura fatigosa; por ello me limitaré a comentar que fui un niño inteligente, bastante precoz para mi edad, y que me educó una tía, que me dio todo lo que un niño puede desear, todo menos amor.

Pude también terminar decorosamente mis estudios en la Universidad de Oxford y por fin me encontré, adecuadamente educado, en el umbral de la vida, con la convicción de que no podría integrarme sin más en el mundo del que me hablaban los libros. Dado que me había defendido bastante bien en mis estudios de historia inglesa me presenté como aspirante al cargo de profesor de Historia, en varias universidades norteamericanas pequeñas. Mis profesores de Oxford tuvieron la amabilidad de confirmar, con recomendaciones escritas, el informe algo exagerado acerca de mi formación y, de este modo, hallé finalmente un instituto pequeño y liberal en New Hampshire dispuesto a admitirme.

Yo estaba seguro de que pronto se enterarían de la verdad, pero por el momento, tenía un pasaje pagado a los Estados Unidos y un puesto que podría desempeñar por lo menos un año. Esta circunstancia me resultaba muy grata, si bien no podía liberarme de la sospecha de que fundamentalmente me habían incorporado como elemento exótico; con seguridad existían otros aspirantes norteamericanos que, exceptuando mi inconfundible acento británico, me superaban en mucho en cuanto a conocimientos y a recomendaciones.

Los Estados Unidos me gustaron mucho, a pesar de que en el primer semestre tuve que esforzarme bastante para poder aventajar al menos en algo a mis alumnos. Hice el descubrimiento poco grato de que, por el solo hecho de ser inglés, no se es automáticamente también una autoridad en el campo de la historia inglesa. Por suerte, mi superior, un hombre benévolo que usaba anteojos, sabía aún menos que yo sobre el tema, o al menos así me lo hizo creer.

Las vacaciones de Navidad me resultaron sumamente útiles; me proponía aprovechar el tiempo libre para lograr adelantarme algo más con respecto a mis alumnos. Pero después de todas las pruebas y exámenes del primer semestre sentí el deseo irresistible de dejar de lado al Imperio británico y usar mis días libres para hacer una excursión, pensaba irme de campamento a las White Mountains, próximas a mi lugar de trabajo.

A uno de mis pocos amigos del instituto le pedí prestado un equipo para acampar y él mismo me llevó en su coche hasta las montañas. Nos pusimos de acuerdo en que, exactamente al cabo de tres días, volvería a buscarme en el mismo lugar. Mi primera precaución fue la de revisar mi brújula, como si ya supiera exactamente lo que habría de sucederme; poco después me encontraba caminando en medio del bosque. No temía el encuentro con la naturaleza; más bien me sentía a gusto por hallarme solo entre los pinos verdes y los campos de nieve.

Habría caminado unas dos horas cuando empezó a pesarme la mochila sobre la espalda. Me detuve para tomar una comida fría y poco después me interné aún más en las montañas.

Al anoecer coloqué mis cosas sobre una meseta rocosa y comencé a juntar leña para hacer fuego. Me había alejado algunos metros de mi campamento provisional cuando me detuve desconcertado. En la oscuridad, a mi izquierda, algo emitía un brillo azul, sereno. Cautelosamente me acerqué al objeto. Parecía tratarse de un sobre de metal, rectangular, apenas más grande que un sobre común. Lo toqué y me pareció que estaba caliente. Mis cabellos se erizaron, mis pupilas se dilataron. En el sobre se leían en letras inglesas antiguas dos palabras: mi nombre, *Tarl Cabot*.

Naturalmente, se trataba de una broma. De alguna manera mi amigo me había seguido y se escondía en la oscuridad. Me reí y lo llamé por su nombre, pero no hubo respuesta. Después de una búsqueda infructuosa, que me irritó bastante, llegué a la conclusión de que había dejado el sobre con el fin de que yo lo encontrara. Lo sujeté en la mano. Me pareció más frío, si bien seguía irradiando cierto calor. A decir verdad, era un objeto extraño.

Lo llevé a mi campamento y encendí el fuego que debía protegerme del frío y de la oscuridad. Respiraba con dificultad; el corazón me latía violentamente. Tenía miedo.

Moviéndome lentamente calenté una lata de habas y las comí para desviar, mediante una actividad rutinaria, mis pensamientos del sobre inquietante. Cuando por fin volví a observarlo ya no estaba caliente. ¿Cuánto tiempo había

estado allí en el bosque? Casi parecería que su brillo solo hubiera tenido como propósito atraer mi atención, y ese propósito se había logrado.

La escritura, que parecía incrustada en el metal, me recordaba las reproducciones de documentos en mis libros de historia. El sobre no tenía juntas; al pasar mi pulgar por encima de él, este no dejó ninguna huella. De mala gana cogí el abridor de latas y traté de atravesar el sobre con la punta de metal. A pesar de lo liviano que parecía ser, opuso tal resistencia que fue como si tuviera que vérmelas con un yunque. El abridor se torció hacia un lado, mientras el extraño objeto no denotó ni un simple rasguño.

Confundido, volví a observarlo. Sobre el reverso se advertía un pequeño círculo en el que se veía la impresión de un pulgar. Lo limpié con mi manga, pero la mancha no desapareció. Lo apreté con el dedo índice y no sucedió nada.

Cansado de estos enigmas decidí acostarme. Durante mucho tiempo no pude conciliar el sueño, pues me sentía solo, experimentaba una extraña soledad, como si fuera el único ser vivo sobre el planeta. Casi tenía la impresión de que mi destino se hallaba fuera de nuestro pequeño mundo, en otra parte, en otros lejanos, extraños mundos del universo.

Y de repente se me ocurrió algo y supe qué debía hacer. Ese sobre no era una broma ni un truco. Algo en mi fuero interno sabía la verdad, la había sabido desde el principio. Medio dormido coloqué más leña sobre el fuego crepitante, tomé el sobre y apreté lentamente el pulgar derecho sobre el círculo. Y tal como esperaba, como lo había temido, el sobre, que aparentemente constaba de una sola pieza, se abrió con un crujido.

Un objeto cayó de él: un anillo de metal rojo con un sencillo signo, una «C». En mi estado de excitación apenas reparé en ello. Un texto cubría la parte interior del sobre, con la misma letra que había visto en la parte exterior.

Me quedé helado cuando observé la fecha. La carta había sido escrita el 3 de febrero de 1640, hacía más de trescientos años. Extrañamente, el día en que esto acontecía también era un 3 de febrero. La firma de la carta estaba escrita en caracteres modernos.

Yo conocía esa letra, la había visto una o dos veces sobre cartas que conservaba mi tía, aunque no recordaba a la persona: se trataba de la firma de mi padre, Matthew Cabot, que había desaparecido en mi temprana juventud.

El bosque giraba a mi alrededor. Sentí que no podía moverme. Por un instante perdí el sentido, pero de inmediato di una sacudida, apreté los dientes y me dije que todavía estaba vivo, que no soñaba, que aquí, en mi mano, tenía una carta que había llegado a su destino trescientos años después de haber sido enviada, escrita por un hombre que, según nuestra cronología, debía tener unos cincuenta años.

Aún hoy recuerdo cada palabra de esa carta:

Escrito el 3 de febrero del año de Nuestro Señor de 1640

Tarl Cabot, hijo mío:

Perdóname, pero no existe otra alternativa. La decisión ha sido tomada. Haz siempre lo que consideres justo según tu propio interés, pero has sido elegido y no puedes eludir tu destino. Te deseo lo mejor a ti y a tu madre. Lleva contigo el anillo de metal rojo y tráeme, por favor, un puñado de tierra verde.

No conserves esta carta. Debe ser destruida.

Afectuosamente

Matthew Cabot

Leí el texto una y otra vez, y mientras lo hacía me iba sintiendo extraordinariamente tranquilo. Estaba seguro de que todavía estaba en mi sano juicio. Metí la carta en la mochila. Debía regresar inmediatamente a la ciudad. No sabía de cuánto tiempo disponía, pero si se trataba de algunas horas, quizá aún lograría llegar a una carretera, un río o una choza.

Lleno de inquietud miré a mi alrededor. De algún modo tenía la sensación de ser observado, una sensación bastante desagradable. Me puse las botas y el abrigo, recogí mi mochila y apagué el fuego.

Algo relumbraba en la ceniza. Me agaché y recogí el anillo. Estaba caliente por las llamas, pero era duro y sólido; un pedazo de realidad. Existía. Lo deslicé dentro del bolsillo de mi abrigo.

Apremiado por el impulso indefinido de abandonar el campamento me sumergí en la oscuridad. Era algo así como desafiar al destino, porque apenas podía ver mi mano delante de los ojos. Había avanzado a tientas entre los árboles unos veinte minutos cuando advertí horrorizado que se incendiaban el saco de dormir y la mochila sobre mi espalda. Con un movimiento precipitado arrojé lejos de mí la carga abrasadora. Parecía como si estuviera contemplando un alto horno. Yo sabía que la carta era la causa de este infierno y me estremecí al imaginar qué habría ocurrido si hubiera guardado el sobre en el bolsillo del abrigo.

Si reflexiono acerca de esto en la actualidad, resulta en realidad extraño que no hubiera huido despavorido. Por el contrario, examiné los restos de mi saco de dormir con una pequeña linterna y comprobé que, en apariencia, el sobre se había disuelto sin dejar ningún rastro. Al mismo tiempo se percibía un perfume desconocido en el aire.

Reflexioné acerca de si el anillo podría incendiarse de la misma manera, pero aunque parezca extraño, lo puse en duda.

¿Acaso no me habían indicado expresamente que llevara el anillo y me deshiciera de la carta? Una advertencia que, por imprudente, había desoído.

De todos modos, todavía me quedaba la brújula, que representaba un fuerte vínculo con la realidad. La silenciosa llamarada me había confundido; había perdido el sentido de la orientación. Mi brújula me auxiliaría. Pero al mirarla, me pareció que mi corazón dejaba de latir: la aguja se movía ciegamente trazando un círculo, como si de repente ya no existieran las leyes de la naturaleza.

Por primera vez después de haber hecho el extraño hallazgo perdí la serenidad. La brújula había sido mi base, mi apoyo, algo en que confiar. Se escuchó un ruido intenso: indudablemente mi propia voz, que estalló en un alarido repentino y asustado que siempre recordaré con vergüenza.

Momentos después salí corriendo como un animal aterrorizado. Ya no recuerdo cuánto tiempo corrí. Quizá durante algunas horas, quizá solo unos minutos. Innumerables veces tropecé o caí, y otras tantas veces las ramas de pino se me clavaban en la carne y me retenían.

De repente salió la luna e iluminó la pendiente con su fría luz. Caí al suelo exhausto. Por primera vez en mi vida había sentido un miedo incontrolable, al que me había sometido por completo, como a una fuerza a la que no puede ofrecérsele ninguna resistencia. Debía cuidarme de este poder. Miré a mi alrededor y distinguí la meseta rocosa sobre la que había instalado mi campamento, y las cenizas del fuego. Había regresado al mismo lugar.

Sentí la tierra debajo de mí, la presión contra mis músculos doloridos, el cuerpo bañado en sudor. Y sabía que era bueno sentir dolor. Era importante poder sentir: eso me indicaba que estaba vivo.

Entonces vi descender la nave. Durante un breve instante pareció una estrella fugaz, luego la distinguí con claridad, como un ancho y grueso disco plateado. Silenciosamente aterrizó sobre la meseta rocosa. Un leve soplo estremeció las hojas en el suelo y me levanté. Al mismo tiempo se abrió una puerta en el costado de la nave. Tenía que entrar en ella. Recordé las palabras de mi padre: «No puedes eludir tu destino». Antes de embarcarme, permanecí un instante de pie y recogí un puñado de tierra verde, en respuesta al pedido de mi padre. También para mí mismo era importante tener algo que representara mi patria. Tierra de mi planeta, de mi mundo.

La Contratierra

Cuando desperté, me sentía descansado. No tenía la menor idea acerca de qué había ocurrido conmigo después de mi ascenso a la nave. Abrí los ojos y casi esperaba encontrarme en mi cuarto en el colegio. Pero no era así; yacía sobre una superficie lisa, dura, quizá una mesa, en una habitación circular con techo bajo. Las ventanas largas y estrechas me recordaban las cañoneras de las torres medievales. A mi derecha colgaba un gran tapiz con una escena de caza. Un grupo de cazadores atacaba a un animal de aspecto desagradable, semejante a un jabalí; aunque, por cierto, en comparación con los hombres, resultaba excesivamente grande. Además tenía cuatro colmillos, que parecían tan afilados como cuchillos.

Del otro lado colgaba un escudo redondo con unas lanzas cruzadas por detrás. El escudo me recordaba los escudos griegos de épocas tempranas, pero no pude descifrar los signos que contenía. Encima del escudo había un casco con una incisión más o menos en forma de «Y» para los ojos, la nariz y la boca. De las armas, que colgaban allí de la pared, emanaba cierta dignidad severa, como si estuvieran listas para el combate.

Aparte de estos adornos en la pared y de dos bloques de piedra, que quizá servían de sillas, la habitación estaba vacía; las paredes, el techo y el suelo eran lisos como si fueran de mármol. Parecía que no había puertas. Me incorporé, me dejé deslizar por la mesa de piedra y fui hacia una ventana. Miré hacia fuera y vi el sol, tenía que ser nuestro Sol. Aparentaba ser algo más grande de lo que yo recordaba. El cielo era azul, lo mismo que en la Tierra. Respiraba libremente, y esto me hacía pensar en una atmósfera que contenía mucho oxígeno. Por consiguiente, tenía que estar en la Tierra. Pero cuando seguí mirando a mi alrededor, comencé a darme cuenta de que no podía tratarse de mi planeta de origen. El edificio en el que me encontraba parecía formar parte de un enorme grupo de torres, cilindros planos que se extendían interminablemente, de formas y tamaños diferentes, comunicados entre sí por puentes angostos y coloreados.

No pude asomarme por la ventana lo suficiente como para reconocer también el suelo, pero en la lejanía podían divisarse montañas cubiertas de vegetación verde. Desconcertado, volví a acercarme a la mesa, contra la cual casi me golpeé la cadera. Sentí como si, a causa de un vahído, hubiera tropezado. Di una vuelta por la habitación y, por fin, salté sobre la mesa de la misma manera que normalmente subo un escalón. Era diferente, era otro movimiento. Sí, debía de tratarse de eso: una fuerza de gravitación menor. El planeta era pues, más pequeño que nuestra Tierra y, de acuerdo con el tamaño aparente del Sol, estaba quizá algo más cerca de él.

Mi vestimenta consistía en una túnica roja, sostenida en las caderas por un cordón amarillo. Vi que me habían colocado el anillo rojo con la «C». Tenía hambre y trataba de concentrarme, pero no me servía de nada. Me veía a mí mismo como a un niño que se encuentra de repente en un mundo de adultos completamente incomprensible.

Un sector de la pared se desplazó hacia un lado y apareció un hombre alto y pelirrojo. Tendría alrededor de cincuenta años y estaba vestido igual que yo. Evidentemente se trataba de un hombre procedente de la Tierra. Me sonrió, colocó sus manos sobre mis hombros y dijo con cierto dejo de orgullo:

—¿Eres Tarl Cabot?

—Sí, soy Tarl Cabot —respondí.

—Yo soy tu padre —dijo, y me dio la mano. El gesto familiar me tranquilizó un poco. Me sentía sorprendido, ya que no solo aceptaba a este extraño como a un ser de mi mundo, sino también como a aquel padre a quien no podía recordar.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó y sus ojos denotaban preocupación.

—Murió hace mucho tiempo —dije.

Me miró.

—De todas fue a ella a la que más quise —dijo, y se apartó. Me sentía furioso conmigo mismo, ya que aun contra mi voluntad sentí compasión por él. ¿Acaso no nos había abandonado a mi madre y a mí? Pero de algún modo me sentí urgido a acercarme a mi padre y colocar mi mano sobre su brazo, a tocarlo. Algo se estaba moviendo dentro de mí, surgían recuerdos vagos y dolorosos que se habían mantenido en estado latente durante muchos años.

—¡Padre! —dije.

Se irguió, se dio la vuelta y me miró con tristeza.

—¡Hijo mío! —respondió.

Nos encontramos en la mitad de la habitación y nos abrazamos. Llorábamos los dos. Más tarde me enteraría de que en este mundo un hombre puede mostrar sin reparos sus sentimientos.

Finalmente nos separamos.

Mi padre me examinó con una mirada tranquila.

—Ella será la última —dijo—. No tenía derecho a su amor.

Luego hizo una pausa.

—Muchas gracias por tu regalo, Tarl Cabot —dijo entonces.

Lo miré sin comprender.

—El puñado de tierra. Un puñado del suelo de mi patria.

Asentí. Yo no deseaba hablar ahora, quería escuchar innumerables cosas que seguramente debía saber.

—Tendrás hambre —me dijo.

—Quisiera saber dónde estoy y para qué estoy aquí —contesté.

—Por supuesto —respondió—. Pero también tienes que comer —sonrió—. Mientras comes algo, hablaremos.

Dio una palmada y un sector de la pared volvió a desplazarse hacia un costado. Me sentí desconcertado. A través de la abertura apareció una muchacha cuyos cabellos rubios estaban atados por detrás de la cabeza. Llevaba una vestimenta sin mangas, con rayas diagonales. Iba descalza y, como único adorno, lucía un liviano collar de acero alrededor de la garganta. Volvió a desaparecer inmediatamente.

—La puedes tener esta noche, si así lo deseas —dijo mi padre, que apenas pareció advertir la presencia de la muchacha.

Yo no estaba seguro de lo que había querido decir y rehusé.

Ante la insistencia de mi padre empecé a comer. La comida era sencilla, pero exquisita. El pan estaba todavía caliente, la carne parecía proceder de alguna pieza de caza. Las frutas —una especie de uvas y melocotón— eran frescas y estaban frías como la nieve de las montañas. Mientras yo comía mi padre comenzó a hablar.

—Gor —dijo—, así se llama este mundo. En todas las lenguas del planeta esto significa «piedra del hogar».

Hizo una pausa.

—Piedra del hogar —repitió—. En los pueblos de este mundo —prosiguió—, cada choza se ha construido originariamente alrededor de una piedra plana que formaba el centro del edificio circular. En ella se grababa el signo de la familia y se la llamaba piedra del hogar. Se trataba en cierto modo de un signo de independencia, una delimitación del espacio vital, y de que cada hombre en su cabaña era su propio amo.

»Más tarde las piedras del hogar también se utilizaron para poblados y finalmente para ciudades. La piedra del hogar de un pueblo se encuentra siempre sobre la plaza del mercado, y en una ciudad se la conserva siempre sobre la punta de la torre más elevada. Con el pasar del tiempo a la piedra se le atribuyeron fuerzas místicas, despertaba sentimientos similares a los de los hombres de la Tierra con respecto a sus banderas.

Mi padre se había levantado y parecía que iba entrando en calor al hablar de este tema. Con el correr del tiempo habría de comprender algo acerca de lo que

sentía en ese instante. Efectivamente existe una regla en Gor, según la cual el que habla de las piedras del hogar debe ponerse de pie en señal de respeto.

—Estas piedras —prosiguió mi padre— naturalmente se hallan conformadas y coloreadas de manera diferente, y muchas presentan dibujos complicados. Más de una gran ciudad solo posee una piedra del hogar pequeña, insignificante, que seguramente proviene de la época en que la ciudad era un pueblo pequeño. Dondequiera que un hombre coloque su piedra del hogar, reclama la tierra para sí. Las buenas tierras solo son protegidas por las espadas de los terratenientes más poderosos de la región.

—¿Espadas? —pregunté.

—Sí —dijo mi padre, como si se tratara de lo más natural. Sonrió—. Todavía tendrás que aprender mucho sobre Gor —dijo—. Podría decirse que existe una jerarquía en cuanto a las piedras del hogar. Dos soldados que se matarían por una franja de buena tierra, luchan juntos hasta la muerte por la piedra del hogar de su pueblo o de su ciudad.

»Algún día te mostraré mi propia pequeña piedra del hogar, que conservo en mis habitaciones. Encierra un puñado de tierra que traje al venir a este mundo. Hace mucho tiempo de esto. —Me contempló tranquilamente—. Guardaré la tierra que tú me has regalado —dijo en voz baja—, y algún día quizá te pertenezca a ti si logras conquistar tu propia piedra.

Me puse de pie y lo miré.

Se había apartado, perdido aparentemente en sus propios pensamientos.

—De tiempo en tiempo, conquistadores o estadistas sueñan con crear una única gran piedra del hogar para todo el planeta. De acuerdo con los rumores tal piedra existe, pero se encuentra en el lugar sagrado y es la fuente de poder de los reyes sacerdotes.

—¿Y quiénes son los reyes sacerdotes? —pregunté.

Mi padre se dio la vuelta; parecía preocupado, como si ya hubiera dicho demasiado.

—Sí —dijo finalmente—. Es cierto que también tendré que informarte acerca de los reyes sacerdotes. Pero deja que lo haga a mi manera, a fin de que entiendas mejor lo que voy a relatarte.

Volvimos a sentarnos y mi padre se concentró en la tarea de explicarme metódicamente su mundo.

En su relato, designaba a menudo el planeta Gor como la Contratierra, una denominación que procede de los escritos de los pitagóricos que fueron los primeros en sospechar la existencia de semejante cuerpo celeste. Extrañamente, el Sol era llamado en goreano *Lar-torvis*, lo que significa «fuego central», otra expresión pitagórica, que sin embargo, por lo que sé, no fue aplicada al Sol. Existía en Gor una secta que adoraba al Sol, según me enteré más tarde, pero era reducida e insignificante en comparación con el culto a los reyes sacerdotes.

Estos, quienesquiera que fueran, tenían para la población el rango de dioses, los más antiguos de Gor y, en un momento de peligro, aun al más valiente podría escapársele una plegaria a los reyes sacerdotes.

—Los reyes sacerdotes —prosiguió mi padre— son inmortales. Por lo menos eso es lo que aquí cree la mayoría.

—¿También lo crees tú? —pregunté.

—No lo sé. Quizá.

—¿Qué tipo de seres humanos son?

—No se sabe si se trata de seres humanos —contestó mi padre.

—Y entonces ¿qué son?

—Quizá dioses.

—¡Pero tú no crees eso!

—¿Por qué no? —dijo—. Un ser que está por encima de la muerte y posee un poder y una sabiduría inimaginables bien podría merecer ese nombre.

No respondí.

—Más bien supondría —prosiguió mi padre— que a pesar de todo los reyes sacerdotes son seres humanos; hombres como nosotros, o al menos organismos humanoides de alguna especie, dotados de una ciencia y una tecnología tan superior a la nuestra como lo es el desarrollo del siglo xx frente al saber de los antiguos astrólogos y alquimistas.

Esta suposición de mi padre me parecía fundamentada.

¿Acaso la tecnología del sobre, la desconexión de mi brújula y la extraña aeronave no parecían confirmar que aquí actuaban seres con poderes extraordinarios?

—Los reyes sacerdotes —me dijo— tienen su lugar sagrado en las montañas Sardar, un desierto en el que nadie puede internarse. Para la gran mayoría, el lugar sagrado es tabú. Hasta ahora nadie ha regresado de esas montañas.

Mi padre parecía mirar al vacío.

—Ha habido casos de idealistas y rebeldes que hallaron la muerte en las pendientes heladas de los montes. Si uno desea aproximarse debe ir a pie, pues nuestros animales no se atreven a acercarse al lugar. Miembros de los cuerpos de algunas personas que habían buscado refugio allí se encontraron en las llanuras, como pedazos de carne arrojados para alimento de los animales de rapiña desde una distancia inconcebible.

Mi mano agarró el jarro con cierta vehemencia.

—A veces —prosiguió—, algún anciano se pone en camino hacia las montañas para encontrar allí el secreto de la inmortalidad. Pero nadie ha regresado jamás. Algunos afirman que llegan a ser reyes sacerdotes, pero yo más bien creo que querer averiguar su misterio significa una muerte segura.

A continuación, mi padre me explicó las leyendas que circulaban acerca de los reyes sacerdotes, y me enteré de que, al menos en un aspecto, eran los verdaderos

dioses del planeta, ya que podían aniquilar o controlar todo lo que deseaban. Según rezaba la opinión general no se les escapaba nada de lo que ocurría en el planeta, pero si esto era cierto apenas parecían percatarse de ello, como pude enterarme después. Según decían, tendían hacia la santidad y en su recogimiento íntimo no se podían ocupar de las nimiedades del mundo exterior. Esta suposición, por cierto, no me parecía estar de acuerdo con el terrible destino que aguardaba a todos aquellos que escalaban las montañas Sardar. Me costaba imaginar a un santo espiritualizado que sale un momento de su estado contemplativo para despedazar a un intruso y dispersar sus restos sobre la llanura.

—Existe, sin embargo, un área —dijo mi padre— por la cual los reyes sacerdotes muestran sumo interés: la tecnología. Ellos limitan, mediante intervenciones activas, nuestro desarrollo en este área. Resulta increíble, pero las armas más poderosas que nos permiten utilizar a nosotros, los cismontanos, que vivimos a la sombra de las montañas, son la lanza y la ballesta. Aparte de esto no existen medios mecánicos de transporte o de comunicación o dispositivos de detección, como por ejemplo el radar, sin los cuales resulta imposible imaginar la vida militar en la Tierra.

—Por otra parte, nosotros los mortales, los cismontanos, hemos evolucionado mucho en cuanto a áreas como iluminación, construcción de ciudades, agricultura y medicina. —Me miró divertido—. Seguramente te habrás interrogado por qué esas numerosas lagunas en nuestra tecnología no fueron llenadas pasando por alto a los reyes sacerdotes. Sería extraño que no hubiera mentes en este mundo capaces de inventar algo así como un fusil o un tanque.

—Yo pienso lo mismo —dije.

—Y así es —agregó mi padre con enojo—. De tiempo en tiempo ocurre algo por el estilo, pero los inventores siempre son aniquilados poco después. Mueren devorados por las llamas.

—¿Cómo el sobre de metal azul?

—Sí —dijo—. Quien posee un arma prohibida debe morir devorado por las llamas. A veces, algunos hombres valientes llegan a poseer material bélico y eluden la muerte llameante, quizá durante un año. Pero más tarde o más temprano se los descubre.

—¿Y cómo explicar entonces la existencia de la nave que me trajo hasta aquí? ¡Es un ejemplo magnífico de vuestra tecnología!

—No de nuestra tecnología, sino de la de los reyes sacerdotes —dijo—. No creo que la tripulación de la nave contara con hombres procedentes de las sombras de las montañas, con cismontanos.

—¿La tripulación estaría constituida por reyes sacerdotes? —pregunté.

—Sinceramente creo que la nave de las montañas Sardar se hallaba pilotada a distancia, de la misma manera, según dicen, que todos los viajes de adquisición.

—¿Adquisición?

—Sí —dijo mi padre—. Hace mucho yo realicé el mismo viaje extraño que realizaste tú. Igual que muchos otros.

—Pero ¿con qué fin, con qué propósito? —pregunté.

—Cada uno, quizá, por un motivo diferente, con diversos fines —dijo.

Mi padre me relató entonces que, según referencias de los iniciados, que se consideraban intermediarios entre los reyes sacerdotes y los hombres, el planeta Gor había sido alguna vez el satélite de un sol lejano. La ciencia de los reyes sacerdotes lo habría desplazado repetidas veces y habría encontrado para él una y otra vez nuevas estrellas. Consideré poco probable esta historia, y no en última instancia por las enormes distancias. Si era cierto que el planeta había sido movido alguna vez —y yo sabía que esto era empíricamente posible— debió de ocurrir desde una estrella que se encontrara muy próxima. Quizá Gor había sido alguna vez un satélite de Alfa Centauro aunque también en este caso las distancias eran casi insuperables.

Existía otra posibilidad, que le comuniqué a mi padre: quizá el planeta siempre había sido parte de nuestro sistema, claro que sin haber sido descubierta. Esto parecía probable si se tenía en cuenta los estudios astronómicos realizados durante milenios desde el hombre de Neandertal hasta los brillantes investigadores de Monte Wilson y Monte Palomar. Asombrado advertí que mi padre admitía sin más esta hipótesis absurda.

—Esa —dijo vivazmente— es la teoría del escudo solar. Es por esta razón que también imagino a menudo al planeta como la Contratierra, no solo porque se asemeja tanto a nuestro planeta de origen, sino porque se encuentra exactamente opuesto a la Tierra en su órbita. Tiene la misma órbita de revolución y mantiene siempre el fuego central entre sí y su hermana planetaria la Tierra, a pesar de que esto requiera de tiempo en tiempo una variación en la velocidad de revoluciones.

—Pero es imposible que no lo descubran —objeté—. No se puede esconder sin más un planeta del tamaño de la Tierra. ¡Es imposible!

—Subestimas a los reyes sacerdotes y su ciencia —dijo mi padre sonriendo—. Todo poder capaz de mover un planeta, y yo creo que los reyes sacerdotes lo tienen, también puede influir en la velocidad general de revolución de este cuerpo celeste, a fin de que el Sol nos sirva constantemente de escudo protector. Estoy convencido que los reyes sacerdotes pueden neutralizar la fuerza de gravitación, por lo menos en una zona limitada, y creo que efectivamente lo hacen. Por ejemplo, ciertos indicios físicos, que hacen pensar en la existencia de un planeta, como rayos luminosos y ondas sonoras, pueden ser desviados, quizá por una deformación de la fuerza de gravitación del universo en la proximidad del planeta, por lo cual las ondas luminosas y

sonoras se dispersan, se desvían o son reflejadas y, de este modo, no delatarían la presencia de ese mundo. De la misma manera pueden manejarse satélites de exploración —agregó mi padre—. Naturalmente solo cito aquí algunas hipótesis, pues lo que hacen realmente los reyes sacerdotes, y cómo lo hacen, solo ellos lo saben.

Vacíé mi jarro.

—Efectivamente existen indicios acerca de la existencia de la Contratierra —dijo mi padre—. Determinadas señales naturales en el campo de radiaciones del espectro.

Mi sorpresa era evidente.

—Sí —agregó—, pero como la suposición de que pudiera existir otro mundo no es digna de crédito, estas referencias han sido interpretadas en conformidad con otras teorías, a veces se prefirió suponer imperfecciones en los instrumentos antes que admitir la presencia de otro mundo en nuestro sistema solar. Y es que es más fácil creer solo lo que se quiere creer.

Mi padre no tenía nada más que decirme. Se levantó, me tomó por los hombros, me retuvo durante un instante y sonrió. A continuación el sector de la pared se desplazó silenciosamente hacia un costado y mi padre abandonó la habitación. No había dicho nada acerca de la misión que me esperaba aquí. La razón por la cual yo había venido a la Contratierra era algo acerca de lo que todavía no deseaba conversar conmigo, y tampoco me explicó el secreto relativamente poco importante de la extraña carta. Lo que más me dolía era que no había hablado nada acerca de sí mismo. Sentía un deseo imperioso de conocer más de cerca a este amable extraño que era mi padre.

Mi informe solo contiene datos que conozco como reales por propia experiencia, pero no me sentiré ofendido si usted, estimado lector, se muestra incrédulo. Con las pocas pruebas que puedo ofrecerle es casi su deber poner en duda mi relato o al menos suspender su juicio al respecto. Efectivamente, la probabilidad de que este informe sea tomado en serio es tan lejana que los reyes sacerdotes de las montañas Sardar evidentemente nada tienen que objetarle a su redacción. Me alegro de que así sea, pues siento una necesidad urgente de contar mi historia; no puedo dejar de hacerlo.

Quizá los reyes sacerdotes sean también lo bastante humanos como para ser vanidosos, si es que realmente se trata de seres humanos, pues jamás han sido vistos por nadie. Quizá sean lo suficientemente vanidosos como para desear que usted, lector, se entere de su existencia, si bien solo de una manera tal que le imposibilite tomar en serio mi relato. Quizá en el lugar

sagrado exista el humor o la ironía. Pues aun si me creyera, ¿qué podría hacer usted? Nada. Usted, con su tecnología primitiva de la que se siente tan orgulloso, por lo menos durante mil años no podría hacer nada; y para entonces, si los reyes sacerdotes así lo desearan, este planeta ya habría encontrado desde hace mucho tiempo un nuevo sol y nuevos pueblos para sus verdes prados.

El tarn

—¡Eh! —exclamó Torm, un miembro bastante poco típico de la casta de los escribas, y se cubrió la cabeza con su túnica como si ya no soportara verme—. ¡Sí! —profirió y dejó entrever un mechón de cabello rubio entre los pliegues de la tela—. Sí, me lo he merecido. ¿Por qué yo, un idiota, siempre tendré que vérmelas con idiotas? ¿Acaso no tengo otras cosas más importantes que hacer? ¿Acaso no aguardan aquí mil rollos escritos el momento de ser descifrados?

—No me lo preguntes a mí —dije.

—¡Pues mira! —exclamó desesperado, e hizo un gesto de desconsuelo. En todo Gor no había visto una habitación tan desordenada. La ancha mesa de madera estaba cubierta de papeles y tinteros; el suelo, hasta el último centímetro cuadrado, estaba lleno de rollos, y otros, cientos quizá, se hallaban apilados sobre estantes. Una de las ventanas había sido agrandada violentamente, y yo me imaginaba a Torm con un martillo, golpeando iracundo la pared para obtener más luz para su trabajo. Debajo de la mesa había un brasero con carbones ardientes que le calentaban los pies, peligrosamente cerca de sus rollos eruditos.

Torm era de compleción endeble y solía recordarme a un pájaro enojado, cuya ocupación preferida consistiera en insultar a las ardillas. Los goreanos a quienes había llegado a conocer hasta ahora, se vestían siempre con pulcritud, pero Torm evidentemente tenía otras cosas más importantes que hacer. Entre ellas se contaba también, en apariencia, instruir a seres que, como yo, no tenían idea de nada.

A pesar de su excentricidad, me sentía atraído hacia este hombre. Percibía en él algo que despertaba mi admiración: un espíritu inteligente y amable, sentido del humor y amor por el estudio, uno de los sentimientos más profundos y sinceros que pueden existir. Este amor por sus rollos y por los hombres que los habían escrito hacía siglos era lo que en realidad más me impresionaba. Podría parecer increíble, pero para mí era el hombre más docto en la ciudad de los cilindros.

Torm, irritado, se abrió paso entre uno de los enormes montones de papel, tomó finalmente, apoyándose sobre sus manos y rodillas, un rollo pequeño y delgado y lo colocó en el dispositivo para la lectura, un marco metálico con rollos a ambos lados.

—¡Al-Ka! —exclamó, al tiempo que señalaba un signo con un dedo largo e imperioso—, Al-Ka.

—Al-Ka —repetí.

Nos miramos y comenzamos a reírnos. Una lágrima de alegría le rodó a Torm por la nariz. Sus ojos, de un azul claro, centelleaban.

Y así empecé a aprender el alfabeto goreano.

Las semanas siguientes me depararon bastante trabajo, solo interrumpidas por pausas para el descanso cuidadosamente calculadas. En un primer momento, mis maestros fueron mi padre y Torm, pero cuando empecé a familiarizarme con el idioma, se sumaron varios otros que me impartían enseñanzas sobre diversos temas. Torm, en realidad, solo había aprendido el inglés como práctica y diversión, ya que no se hablaba en ninguna parte del planeta; evidentemente le gustaba expresar sus pensamientos en un idioma totalmente extraño.

Mi formación abarcaba, junto al saber intelectual, el conocimiento de las armas y el uso de otros numerosos instrumentos, tan familiares a los goreanos como entre nosotros son las calculadoras y las balanzas.

Uno de los aparatos más interesantes era el traductor, que se podía adaptar a diferentes idiomas. A pesar de que en Gor parecía existir un idioma principal conocido por todos, que tenía varios dialectos y lenguas secundarias, existían algunos idiomas que para mí no sonaban en absoluto como tales; me parecían más bien gritos de aves y animales de rapiña. El traductor me resultó, pues, muy útil.

Fue una grata sorpresa que mi padre hubiera adaptado uno de esos aparatos al idioma inglés: circunstancia muy favorable para mi estudio de idiomas. Para alivio de Torm yo también podía arreglármelas solo con el aparato, que además era una maravilla por sus reducidas dimensiones. Del tamaño aproximado al de una máquina de escribir portátil, podía ser adaptado a cuatro idiomas no goreanos. Naturalmente, las traducciones resultan muy literales y el vocabulario está limitado a unas veinticinco mil equivalencias para cada idioma. Por esta razón la máquina no era muy apropiada para una comunicación fluida.

Torm me había explicado escuetamente:

—Debes ocuparte de la historia y leyendas de Gor, de su geografía y economía, de sus estructuras sociales y costumbres, como puede ser el sistema de castas y los grupos de clanes, el derecho a colocar la piedra del hogar, el lugar sagrado, el derecho militar, etcétera.

Y yo me iba familiarizando con todo esto. De vez en cuando, Torm prorrumpía con un grito de espanto cuando yo cometía algún error, y entonces se armaba

de un gran rollo de papel, con las obras de un autor con el que no simpatizaba, y me propinaba un golpe en la cabeza. Del modo que fuera, estaba decidido a que su instrucción diese frutos.

Extrañamente la enseñanza religiosa se reducía a la adoración de los reyes sacerdotes. Torm eludía mis otras preguntas con la observación de que eso era cosa de los iniciados. Evidentemente en este mundo la religión es un tesoro guardado con celo por la casta de los iniciados, que en pocas ocasiones permite la participación de miembros de otras castas en sus sacrificios y ceremonias. Debía aprender de memoria algunas plegarias dirigidas a los reyes sacerdotes, pero se conservaban en goreano antiguo, una lengua que solo hablaban los iniciados, de modo que no me preocupé mucho por ello. Además tenía la impresión de que existían ciertas tensiones entre la casta de los escribas y la de los iniciados.

Las reglas éticas de vida en Gor se hallan conservadas, en su mayoría, en las costumbres de las castas, colecciones de indicaciones, cuyos orígenes se perdían en el pasado. A mí me educaban especialmente de acuerdo con el código de la casta guerrera.

—De todos modos, tú nunca llegarías a ser un buen escriba —dijo Torm.

El código de los guerreros se caracterizaba por una rudimentaria caballerosidad y enfatizaba la fidelidad hacia los superiores y la piedra del hogar. Las reglas eran duras, pero contenían cierta gallardía, un sentido del honor que yo podía respetar.

También recibí instrucciones acerca del Doble Conocimiento, es decir, me enteré qué sabían los hombres en general y qué llegaban a saber los intelectuales en particular. A veces existía una diferencia sorprendente entre ambos. Por ejemplo, se hacía creer a los hombres que se hallaban por debajo de las castas elevadas que el mundo es un disco ancho y plano. Quizá se pretendía de esta manera evitar todo intento de indagación. Por otra parte, las castas elevadas —guerreros, constructores, escribas, iniciados y médicos— conocían la verdad acerca de estos temas. Sin embargo, comencé a interrogarme acerca de si el Segundo Conocimiento, el de los intelectuales, acaso no estaba tan limitado como la enseñanza en el nivel inferior, si no se proponía también frenar y poner trabas al ansia de saber humano. Tenía la impresión de que existía un Tercer Conocimiento, que se hallaba limitado a los reyes sacerdotes.

—La ciudad estado —comentó mi padre una tarde— es la unidad política normal en Gor, ciudades rivales que controlan el territorio adyacente, rodeadas por una tierra de nadie, compuesta de territorios libres.

—¿Cómo se determina la conducción en estas ciudades? —pregunté.

—Los gobernantes son elegidos entre los miembros de cualquier casta elevada.

Fruncí el ceño.

—¿Solo de las castas elevadas?

—El sistema de castas —respondió mi padre pacientemente— es relativamente rígido, pero no es inamovible y no depende exclusivamente del nacimiento. Cuando, por ejemplo, un niño en la escuela demuestra que está en condiciones de pertenecer a una casta más elevada, esto le es concedido. Existe también el caso contrario; es decir, cuando un niño no logra el nivel que se espera de él como miembro de su casta.

—Comprendo —dije, sin sentirme realmente convencido.

—Las castas elevadas de cada ciudad —prosiguió mi padre— eligen por un tiempo determinado un administrador y un consejo. Si surge una crisis, se nombra un jefe militar, un ubar, que ejerce la totalidad del poder, hasta que a su entender la crisis ha pasado.

—¿A su entender? —pregunté con escepticismo.

—Generalmente los ubares renuncian a su cargo después de la crisis. Esto es parte del código de los guerreros.

—Pero ¿qué es lo que ocurre cuando no renuncian a su cargo? —Me había dado cuenta ya de que no siempre se podía confiar en el cumplimiento de las reglas de las castas.

—Si un ubar no quiere dimitir, por lo general es abandonado por su gente. El líder militar se queda solo en su palacio, a merced de las furiosas masas populares.

Asentí con la cabeza e imaginé un palacio vacío, en el que un hombre solitario se encontrara sentado sobre un trono, envuelto en las vestimentas propias de su cargo, esperando el asedio de las masas.

—Sin embargo —continuó mi padre—, a veces un ubar logra conquistar el corazón de sus hombres, quienes permanecen a su lado. Entonces se convierte en tirano y gobierna hasta que es derribado por la fuerza de una u otra manera.

Las facciones de mi padre se habían endurecido. Parecía conocer un hombre semejante.

—Hasta que es derribado por la fuerza —repitió lentamente.

A la mañana siguiente, me aguardaban junto a Torm nuevas e interminables lecciones.

Gor no era una esfera, sino un esferoide, algo más pesado en el hemisferio sur. La inclinación de su eje era algo mayor que la de la Tierra, pero no lo suficiente como para que el clima no presentara cambios de estación. Gor contaba con dos zonas polares y una ecuatorial, entre las cuales se extendían, al norte y al sur, zonas de clima moderado. Con sorpresa descubrí que una gran parte de los mapas estaba en blanco, pero aun así me costó bastante aprender de memoria todos los ríos, mares, llanuras y penínsulas conocidos.

Desde un punto de vista económico la vida goreana se basaba en el trabajo del campesino libre, quizá la casta más baja, pero también la más sólida. El alimento básico era un grano amarillo, llamado *sa-tarna*, «hija de la vida». Resulta interesante señalar que a la carne se la llamaba *sa-tassna*, lo que significa «madre de la vida». Además, en el lenguaje corriente, *sa-tassna* servía para designar el alimento en general. Esto parecía sugerir que los goreanos alguna vez, en épocas anteriores, se habían alimentado preferentemente de la caza.

Por cierto que me quedaba poco tiempo libre para especulaciones, ya que debía cumplir con las exigencias de mi plan de estudios. Parecía que existía el propósito de convertirme, en unas pocas semanas, en un auténtico goreano. Pero esas semanas también me aportaron satisfacciones, como siempre cuando estudiaba y sentía que me desarrollaba, aun sin conocer todavía la meta final. En esas semanas entré en contacto con muchos goreanos, por lo general miembros de la casta de los escribas y de los guerreros.

Hasta ahora había visto pocas mujeres, pero sabía que en el caso de que fueran libres, ascendían o descendían dentro del sistema de castas según las mismas reglas que los hombres si bien esto parecía diferir de una ciudad a otra. Tomada en conjunto, la gente me gustaba y estaba seguro de que básicamente procedía de la Tierra. Sus antepasados debían de haber llegado a Gor a través de los así llamados viajes de adquisición y luego, simplemente, se les había dejado vivir en libertad, como a animales en una reserva natural.

En lo que respecta a estos antepasados puede haberse tratado de caldeos o celtas, sirios o ingleses, que en el transcurso de muchos siglos habían llegado aquí procedentes de las más diversas civilizaciones. Los hijos y nietos naturalmente se habrían convertido en goreanos, por lo cual desaparecía casi toda huella de su origen terrestre. Sin embargo, de tiempo en tiempo me entusiasmaba el encontrar una palabra de mi lengua materna en el idioma goreano, como por ejemplo «hacha» o «barco».

—Torm —pregunté en cierta ocasión—, ¿por qué el origen terrestre no es parte del Primer Conocimiento?

—¿Acaso eso no resulta evidente?

—No —dije.

—¡Ah! —respondió. Cerró lentamente los ojos y permaneció un rato callado—. Tienes razón. No es evidente.

—¿Y qué hacemos entonces? —pregunté.

—Continuemos con nuestros estudios.

El sistema de las castas, si bien socialmente eficaz, despertaba en mí ciertos reparos personales. En mi opinión era demasiado rígido, particularmente con respecto a la elección de los gobernantes entre los miembros de las castas elevadas y al Doble Conocimiento. Pero todavía mucho peor era la institución de la esclavitud. Para el goreano, fuera del sistema de las castas, existían solo tres

formas de vida: esclavo, proscrito y rey sacerdote. Un hombre que no quisiera ejercer su oficio o pretendiera cambiar de estatus sin el consentimiento del Consejo de las Castas Elevadas, se convertía automáticamente en un proscrito y era empalado.

La muchacha que había visto el primer día en mi habitación había sido esclava, y el collar que rodeaba su cuello, que yo tomé por un adorno, era su marca de esclavitud. Una segunda marca, esta con hierro candente, se hallaba oculta debajo de la ropa. Esta última la señalaba como esclava, mientras que el collar identificaba a su dueño. No había vuelto a ver a la joven y reflexionaba acerca de qué habría sido de ella. Pero no pregunté nada al respecto. Fue parte de las primeras enseñanzas que me impartieron en Gor: la preocupación por una esclava estaba fuera de lugar. Por lo tanto me contuve. Aprendí incidentalmente de un escriba que los esclavos no pueden enseñar a los hombres libres, ya que esto podría originar una deuda, y nadie podía deberle nada a un esclavo. Decidí defenderme con todas mis fuerzas contra este sistema humillante. Hablé una vez con mi padre sobre el tema, y me dijo que en Gor existían cosas aun mucho peores que la esclavitud.

Sin ninguna advertencia previa, la lanza de bronce surcó los aires, dirigida hacia mi pecho. Salté hacia un lado y la punta cortó mi túnica y me produjo una marca sangrienta en la piel. El metal se clavó unos veinte centímetros en un pilar de madera que se hallaba detrás de mí. Si no hubiera saltado, la lanza me habría atravesado.

—Es bastante rápido —dijo el hombre que había arrojado la lanza—. Lo acepto.

Este fue mi primer encuentro con mi instructor en el uso de las armas, quien también se llamaba Tarl. Lo llamaré aquí Tarl *el Viejo*. Parecía un vikingo rubio; era un tipo barbudo, de rostro alegre y arrugado, y ojos azules y salvajes, que parecía contemplar el mundo como si fuera de su propiedad. Era un hombre orgulloso sin arrogancia, un hombre que sabía que manejaba bien sus armas y podía acabar con cualquier contrincante.

Con el tiempo llegué a conocerlo bien, pues la parte más importante de mi formación estaba dedicada ahora, con mucho, a las armas, fundamentalmente a entrenarme en el manejo de la espada y la lanza. La lanza me parecía particularmente liviana debido a la menor fuerza de gravitación, y pronto llegué a manejarla con mucha habilidad. A corta distancia podía atravesar un escudo y a una distancia de veinte metros podía hacer blanco en un objeto del tamaño de un plato de sopa.

También tuve que aprender a arrojar la lanza con la mano izquierda.

—¿Cómo te arreglarías si estuvieras herido en el brazo derecho? —preguntó Tarl *el Viejo*, que advirtió mi resistencia—. ¿Qué harías entonces?

—¿Huir? —preguntó Torm que de vez en cuando asistía a mis clases.

—¡No! —exclamó Tarl *el Viejo*—. Tienes que seguir luchando y morir como un guerrero.

Torm tomó un rollo escrito, lo colocó bajo el brazo y se sonó la nariz.

—¿Y eso te parece razonable? —preguntó.

Tarl *el Viejo* tomó su lanza y Torm, apresurado, alzó su túnica azul y desapareció.

Desesperado, puse manos a la obra y advertí sorprendido, después de algún tiempo, que había podido desarrollar cierta destreza también con el brazo izquierdo. Había mejorado mis posibilidades de supervivencia en un porcentaje indefinido.

También fue muy riguroso mi entrenamiento con la corta y ancha espada goreana. En Oxford había pertenecido a un club de esgrima y, por lo tanto, ya contaba con algunos conocimientos básicos; pero ahora la cosa iba realmente en serio. También aprendí a manejar la espada con ambas manos, a pesar de lo cual tuve que confesarme que era diestro y que nunca dejaría de serio.

En el transcurso de mi aprendizaje con la espada, Tarl *el Viejo* me hirió más de una vez con su arma. Cuando lo hacía, solía decir provocando mi fastidio:

—¡Estás muerto!

Hacia el final de la época de entrenamiento logré abrirme paso a través de su defensa y provocarle una herida punzante en el pecho. Retiré mi espada, cuya punta estaba manchada de sangre. Tarl arrojó su arma al suelo con estrépito y me atrajo riendo hacia su pecho sangriento.

—¡Estoy muerto! —bramó triunfante. Me palmeó los hombros, orgulloso como un padre que ha enseñado a jugar al ajedrez a su hijo y ha sido vencido por primera vez.

También me enseñaron a manejar el escudo, que principalmente debía servir para desviar la lanza y tornarla inofensiva. Cuando mi época de formación tocaba a su fin, solía luchar con casco y escudo. Hubiera deseado que mi equipo se viera completado por una armadura o quizá una cota de malla, pero me enteré de que eso estaba prohibido por los reyes sacerdotes. Tal vez el motivo de esto residía en el deseo de que la guerra siguiera siendo un proceso de selección biológica, en el cual los débiles y los lentos sucumben y no siguen multiplicándose. Esta también puede ser la explicación de las armas relativamente primitivas que les estaba permitido usar a los hombres que habitaban a la sombra de las montañas Sardar.

Aparte de la lanza y de la espada se admitía el uso de la ballesta y del arco; pero apenas recibí instrucción al respecto, ya que Tarl *el Viejo* no las apreciaba

mucho. Las consideraba armas de segunda categoría, poco dignas de ser utilizadas por un guerrero. Yo no compartía su desprecio y trataba de adiestrarme en mis ratos libres.

Sospechaba que mi formación estaba llegando a su fin. Quizá porque mis períodos de reposo se iban haciendo más largos o porque más de una vez se mencionaban cosas que yo ya conocía; quizá también por la actitud de mis instructores. Sentía que estaba casi preparado, casi listo, pero no tenía la menor idea de para qué. En esos últimos días me producía un placer especial el hecho de dominar sin esfuerzo la lengua goreana. Empecé a soñar en goreano y a lograr entender a mis maestros cuando hablaban entre sí. También pensaba en goreano y debía hacer un pequeño esfuerzo cada vez que deseaba volver a pensar o hablar en inglés. En cierta ocasión llegué a blasfemar en goreano, lo que le hizo mucha gracia a *Tarl el Viejo*.

Un día, a la hora de mis lecciones, *Tarl el Viejo* entró en mi habitación trayendo consigo una barra metálica de unos sesenta centímetros de largo, que tenía un lazo de cuero en un extremo. En este aparato se advertía una especie de conmutador. De su cinturón colgaba un instrumento similar.

—Esta no es un arma —dijo—. Tampoco está permitido utilizarla como tal.

—Pero entonces, ¿qué es?

—Un aguijón de tarn —respondió. Se ajustó el conmutador más pequeño y tocó la mesa con él. Innumerables chispas saltaron despidiendo un color amarillento hacia todas direcciones, sin dejar ningún rastro sobre la mesa. *Tarl* desconectó la barra y me la acercó. Cuando extendí la mano para cogerla la conectó y me la puso en la mano. Infinitas estrellas amarillas parecían explotar en mi mano. Grité asustado y me llevé la mano a la boca. Había sentido algo similar a una fuerte descarga eléctrica. Revisé mi mano; no presentaba ninguna herida.

—Cuídate de un aguijón de tarn —dijo *Tarl el Viejo*—. No es juego de niños.

Recogí lentamente la barra, cuidando asirla cerca del cabo y coloqué la correa de cuero alrededor de la muñeca.

Tarl el Viejo abandonó la habitación; evidentemente yo debía seguirlo. Subimos la escalera de caracol que ascendía por la parte interior de la torre cilíndrica. Después de atravesar varias docenas de pisos llegamos al techo plano del edificio. El viento azotaba la superficie circular y me empujaba hacia el borde. No había ninguna barandilla. Hice fuerza para no ser arrastrado por el viento mientras me interrogaba qué habría de suceder ahora. Cerré los ojos. *Tarl el Viejo* sacó un silbato de tarn de su túnica y se oyó un silbido penetrante.

Yo nunca había visto un tarn, con excepción de las representaciones gráficas en mi habitación y en libros de texto acerca de la cría, el cuidado y los utensilios propios para el manejo de estas aves. No me habían preparado expresamente para enfrentar esa situación, como lo habría de saber más tarde. Los goreanos creen que la capacidad de dominar un tarn tiene que ser innata. No es posible aprenderlo. Es cosa de la sangre y de la voluntad, del vínculo entre animal y ser humano, una relación entre dos seres que debe darse de manera intuitiva y espontánea. Se supone que un tarn sabe exactamente quién es un jinete y quién no lo es. Se dice que quien no lo es muere en el primer encuentro que tiene con su ave de combate.

Por de pronto sentí solo un poderoso soplo de viento y escuche un ruido jadeante, ensordecedor, como si un gigante hiciera restallar una toalla; luego, estremecido de horror, me acurruqué bajo una gran sombra alada. Un tarn enorme, con garras semejantes a gigantescos ganchos de acero, batiendo salvajemente sus alas en el aire, se mantuvo rígido por encima de nosotros.

—¡Cuidado con las alas! —exclamó Tarl *el Viejo*.

La advertencia fue obvia; apresuradamente me hice a un lado. Un golpe de esas alas me habría arrojado al vacío.

El animal aterrizó sobre el techo del cilindro y nos contempló con sus negros ojos relucientes.

A pesar de que el tarn, lo mismo que la mayoría de las aves, es sorprendentemente liviano (lo que se debe, en primer término, a sus huesos huecos), es un ave sumamente vigorosa. Mientras que las grandes aves terrestres, como por ejemplo el águila, deben tomar carrera antes de levantar el vuelo, el tarn, con su increíble musculatura, puede ascender con su jinete solamente con un rápido estremecimiento de sus alas enormes. Para ello, también se ve favorecido por la menor fuerza de gravitación de Gor. Los goreanos suelen llamar a estas aves «hermanas del viento».

El plumaje del tarn no es siempre el mismo, y se los cría teniendo también en cuenta su colorido, y no solamente su fuerza e inteligencia. Los tarns negros se utilizan para asaltos nocturnos; los blancos, para campañas militares invernales. Por su parte, los guerreros que desean impresionar y no tratan de pasar desapercibidos prefieren tarns de variados colores relucientes. El tarn común tiene un plumaje marrón verdoso. Prescindiendo del tamaño, el halcón es el ave terrestre que más se le parece, solo que el tarn tiene una cresta que se asemeja a la del grajo.

Los tarns, malignos por naturaleza, no están por lo general más que medianamente domesticados y, lo mismo que sus diminutos hermanos terrestres, son carnívoros. En más de una ocasión un tarn ha llegado a atacar y devorar a su propio jinete o tarnsman. Solo temen al aguijón de otro tarn. Son entrenados

por hombres pertenecientes a la casta de los criadores de tarns. Cada vez que un ave joven se escapa o desobedece, es obligada a volver a su percha y se le castiga con el aguijón. Más tarde, por supuesto, las aves son desencadenadas, pero un aro en la pata ha de recordarles este castigo. Generalmente el entrenamiento da resultados positivos, excepto cuando el animal está sumamente agitado o ha estado mucho tiempo sin comer. El tarn se cuenta entre las dos cabalgaduras preferidas del guerrero goreano; la segunda es el tharlarión, una especie de lagarto, utilizado especialmente por los clanes que no saben manejar los tarns. Por lo que yo sabía, nadie en la ciudad de los cilindros poseía un tharlarión, a pesar de que, según decían, eran muy frecuentes en Gor, especialmente en las llanuras, los pantanos y los desiertos.

Tarl *el Viejo* había subido a su tarn, utilizando la escala de cinco escalones que cuelga del lado izquierdo de la silla de montar y que es recogida durante el vuelo. Con un ancho cinturón color púrpura se sujetó a la silla. Me arrojó un pequeño objeto, que casi se me cae de la mano. Era un silbato que emitía un sonido que solo haría reaccionar a un tarn determinado: la cabalgadura que me estaba destinada. Después del episodio con la brújula enloquecida en las montañas de New Hampshire nunca me había sentido tan atemorizado, pero esta vez llegué a dominar mi temor. Si tenía que morir, nada podía hacer para impedirlo.

Hice sonar el silbato y se oyó un sonido agudo, que se diferenciaba netamente del silbido de Tarl.

Momentos después surgió un ser fantástico de la nada, quizá procedente de un resalte que se encontraba más abajo, un segundo tarn enorme, más grande que el primero, un ave negra reluciente, que voló una vez alrededor del cilindro y luego vino en dirección hacia mí. Aterrizó a pocos metros de distancia y sus garras golpearon la piedra. Estaban fortalecidas por bordes de acero: era un tarn de combate. El ave alzó al cielo su pico encorvado y lanzó un chillido al tiempo que sacudía sus alas. La poderosa cabeza giró hacia mí, sus ojos redondos me observaban. Enseguida abrió el pico, eché un rápido vistazo a su lengua delgada y cortante, tan larga como un brazo, y el monstruo se arrojó sobre mí, tratando de golpearme con su tremendo pico —entonces escuché los gritos aterrorizados de Tarl *el Viejo*:

—¡El aguijón! ¡El aguijón!